

La calle para el viernes 25 de mayo de 2007
Diario de un espectador
Diemecke y Quint
por miguel ángel granados chapa

Tan entusiasta es el público seguidor de Enrique Arturo Diemecke, tan ávidos estaban sus fans por expresarle admiración, que no se contuvieron y, en contra de la costumbre –que algunas personas exigen con sisosos que se respete escurpulosamente-- aplaudieron a a mitad de *Pompa y circunstancia*, de Edward Elgar, cuando concluyó su primera parte, la marcha número tres en do menor, en vez de aguardar a que terminara la segunda porción, la marcha número uno en re mayor, la que contiene la fase más característica, más tocada, más apreciada de la obra del autor británico.

Enrique Arturo Diemecke suscita ruidosa adhesión del público, aunque también provoca antipatía por su desenvoltura, que mucho tiene de infantil. No usó el micrófono esta vez, como solía hacerlo cuando dirigía la Orquesta sinfónica nacional, para explicar las piezas que integraban sus conciertos, tratando como pupilos inexpertos a quienes acudían a Bellas artes a escucharlo, aunque algunos preferían no verlo a su arribo, para no irritarse con el salto teatral con que se instala en el podio, ni el giro de 180 grados que le permite encarar a la orquesta después de haber agradecido la ovación al público, giro que más se parece al de un luchador sobre el ring que al de un experimentado conductor de orquesta.

Pero cuando dirige, cesa la polémica que suscitan los modos de actuar del Diemecke pues todo el mundo concuerda en su gran calidad. El sábado 19 por la noche (función a la que corresponden las señas descritas) la sala Nezahualcóyotl estaba pletórica. Es que se reunían varios factores de atracción. Por un lado, la presencia de Diemecke, al que sólo se puede ver esporádicamente desde que dejó la dirección de la orquesta mayor de nuestro país. Por otro lado, el programa era magnífico, pues a la ligereza protocolaria de Elgar se sumaba la quinta sinfonía de Sibelius, en este año de sus homenajes. Y, en medio de uno y otro número, el colosal concierto para violín y orquesta de Beethoven, una suerte de caudaloso río de música que, a diferencia de las corrientes acuáticas propiamente dicho, que discurren tormentosas sin control, combina sus ímpetus con momentos de verdadera delicadeza, que sólo un virtuoso puede atacar con éxito. Ese fue el caso del tercer factor atractivo, Phillip Quint, el todavía joven violinista cuyo arte hemos disfrutado ya sea con esta orquesta universitaria, ya con la otra de pertenencia semejante, la de Minería.

Diemecke dirigió la Osn durante 17 años, de 1989 a 2006. Al dejar la Sinfónica obviamente no quedó desempleado, al garete, lo que hubiera sido injusto para un artista en la plenitud de su edad y de sus dotes. Actualmente tiene que multiplicarse para cumplir sus compromisos al frente de las orquestas de las que es titular: la de Long Beach, California; la de Flint, en Michigan; y en el teatro Colón de la capital argentina, la Orquesta filarmónica de Buenos Aires. Al aparecer este fin de semana al frente del conjunto de la Unam, en medio del sonoro júbilo de los apreciadores de su arte, Diemecke hacía reverdecer viejos lauros, del tiempo en que fue director titular o asistente de la Ofunam.

El estruendo de la aprobación del público alcanzó sus máximas cotas al concluir la participación de Quint, con la sin par pieza beethoveniana. Escuchar cómo se sumaba la ovación al solista con la prodigada al director y la destinada como es usual a la orquesta, se asemejaba a lo que ocurría a las afueras del recinto, los truenos que acompañaban o anunciaban la lluvia de mayo. Quint nació todavía en la Unión Soviética, en Leningrado, que poco después readquirió su nombre histórico de San Petersburgo. Justo a la hora de la disolución de la Urss salió a radicar en los Estados Unidos, donde perfeccionó sus estudios.